

Si el caos fuera la solución, ¿cuál sería el problema? Si el fin del mundo aparece no sólo como terror, sino también como anhelo y decepción, ¿cómo se expresaría en este mundo? Si la política parece perdida y sólo queda la guerra, ¿cuál sería su relación con el caos y la desesperanza? ¿Cómo seguir creyendo, cómo volver a creer en la humanidad? Como un ping-pong lúdico y ebrio, nos acercamos al nihilismo entre sonrisas, escepticismo y pellizcos. Golpe a golpe, sin que nos demos cuenta, el fin del mundo se nos volvió deseo (*¿cómo el deseo llega a desear su propia aniquilación?*); y con la misma paulatina inexorabilidad estamos comenzando a vivir el costo de ese deseo. ¿Era eso lo que querías? La frustración por el fin del mundo parece viralizarse como un meme que capta la sensación de época. *¿Esto es el fin del mundo? ¡No es tan romántico como nos lo imaginábamos!*

Anhelamos que el mundo termine y el mundo no se fue con su fin. Somos náufragues de las tempestades de la modernidad, y contemplamos desde la orilla los restos de los navíos hundidos. En el silencio, sospechamos que la respuesta no es cómo sobrevivir como individuos desnudos y tiritantes, sino cómo volver a tejer una comunidad donde le otre sea algo más que objeto de nuestra pulsión de crueldad. *La resistencia es sentir el yo colectivo* (decía María Lugones).

El fin del mundo se cierne sobre nosotres a cada instante. Algunos detalles estallan delante nuestro, como pinceladas de un mundo en trance: el líder de la mayor potencia militar y económica anuncia –entre muchas inconsistencias disparatadas y crueldades de diverso calibre– *la desaparición de una civilización*; el mismo líder emprende una guerra que parece carecer de fin, de objetivo, de reglas, de sentido; el mundo amenaza con explotar, mientras por casa, aparte del absurdo de colarse en una guerra por fanatismo individual, las condiciones laborales se hostilizan, la posibilidad de un salario que alcance a fin de mes se vuelve una batalla diaria. Son algunas de las esquirlas del caos y desorden que marcan nuestra cotidianidad.

El balance entre el *no podemos más* y el *qué mundo horrible* nos deja sin matices. El deseo de fin del mundo ha sido producido y capitalizado por quienes quieren llenarlo de contenido efímero y expulsar a quienes pueden trabajar un mundo posible (ese nuevo mundo hasta la pandemia parecía cercano, con síntomas vitales como el estallido popular en Chile o el regreso del gobierno nacional y popular en la Argentina). Les náufragues, les sobrevivientes, nos negamos a aceptar que el mundo termine así; resistimos en medio de lo indeseable, lo sufriente, lo hostil. Esta continuidad, que parece agónica, nihilista, cínica, tiene su límite en sí misma.

Seamos honestos: a nosotres mismas se nos volvió insoportable la hipocresía, la superficialidad de lo políticamente correcto, los valores democráticos vaciados de contenido y las ínfulas civilizadas. Deseamos el fin del mundo como lo conocíamos pero el deseo aclara su orientación cuando algunas de sus partes se cumplen. No queríamos que el fin del mundo nos toque así. No queríamos romper aquello que se constituye como base para organizarnos. *Nadie quería vivir tan mal*. Queríamos la conmoción de algunos paradigmas o la caída de algunas estructuras pero no la imposibilidad total de encontrarse con otre y que se despierte un futuro. El instinto de muerte se nos presentó con mucha fuerza e inundó nuestros territorios. Sentimos el terror de la tormenta neoliberal, que sacudió lo políticamente correcto, las banderas del progresismo y lo que ellos llaman la “cultura *woke*”; los consensos se movieron y todo empezó a agrietarse. Pareció naufragar nuestra propia mirada de mundo; a algunos nos pareció ridícula, comenzamos a criticarla por tibia, por superficial, por clasemediera. Sin embargo, lo políticamente correcto reflota en estos momentos y se presenta como resto salvable del naufragio. Si no pensamos lo *políticamente* correcto como una mera etiqueta cínica, sino como lo correcto *para la polis*, entonces podemos tejer a partir de allí valores para la resistencia a la crueldad y el individualismo. Pero hacerlo desde las esquirlas implica asumir hacia adentro y hacia afuera lo que debimos aprender hace más de cinco siglos: la reciprocidad y la veracidad.

En nuestro editorial 21, llegaba a nosotres la idea de la ronda de las Madres como forma de romper la linealidad del tiempo y la memoria, porque “en la ronda, es posible caminar a la vez hacia adelante y mirando hacia atrás, porque el atrás también queda adelante”. Esta imagen se acopla a la del naufragio actual. No nos referimos

a círculos de eterno retorno, ni a naufragios que sólo tienen como salida la salvación heroica individual. Notamos que se trata, más bien, de pensarnos inventando formas de caminar juntas, de ritmar nuestros pequeños pasos y de inventar orientaciones comunes. Esta imagen nos lleva al concepto de ritornelo, de Deleuze y Guattari, y a la escena que proponen para presentarlo: un niño en la oscuridad, asustado, comienza a canturrear y esa melodía le permite construir un territorio a partir del cual ubicar su vitalidad frente a las fuerzas disolventes del caos. Algo de eso parece ser parte de nuestra actualidad. A partir de esas imágenes, de comenzar a reconocernos en un caos al que se le puede arrancar un ritmo, un paso a paso, un resto a resto, llega a nuestra charla la propuesta de una forma de hacer. Hay caos, hay guerra, hay necesidad de reconocer el naufragio. Y también hay, en el ritmo del vaivén de las olas sobre la orilla, la posibilidad de crear, escarbando a fondo en los recorridos cristalizados, encontrándose con los contenidos olvidados, con las habilidades de narrarse, con las ansias de desplegar los debates que nos importan, con ganas de que las ideas nos vuelvan a entusiasmar. Los Derechos Humanos alojan un consenso que no se ha roto, pero que también, constatamos, está en riesgo permanente. Ya desde su inicio ese riesgo consiste en envolver una particularidad para hacerla pasar como si fuera lo universal, traficando abstracciones unilaterales e hipócritas. Occidente ha sabido capitalizar ese engaño. No obstante, contra la fuerza total, quizás lo que se puede ver allí es la toma de posición insistente frente a la disolución. De algún modo, supimos construir una crítica insistente como potencia, frente a la crítica disolvente que nos acercó al nihilismo.

El intento de romper consensos, que viene de la mano de la de-rechización del mundo, está encontrando su límite y ha puesto en evidencia la imposibilidad de abordar la organización social, la organización política, e incluso, la organización de la guerra cuando los consensos no están como base. Es que esa base, que parece abstracta, se sostiene en la realidad de los muchos, que vivimos de a pie y trabajamos para hacer mundo entre nosotros y desarmar la fantasía de los pocos ultrarricos que confían en que la destrucción y el caos no llegarán a rozarlos, o peor aún, que si los rozan podrán salvarse con poder y dinero. Ellos quieren salvarse en otros planetas, o en un paraíso digital donde podrían descargar sus conciencias. Ellos parasitan y destruyen nuestro mundo, y

condenan a las mayorías a la miseria, mientras intentan hacernos creer que no tienen ninguna responsabilidad, que sólo es el fin del mundo que llegó para nosotros.

Los ultrarricos son la figura del naufrago individual, que promueve un contrato individualista que se cuele en todos los intentos de organización y construcción. Cuando algo parece funcionar un poquito, los reconocimientos individuales, los logros personales, los esfuerzos íntimos aparecen como causa válida de resultados mejores. Es importante notarlo. Las reacciones, que parecen empezar un recorrido de salida a la desesperanza, muchas veces, se alimentan del malestar y se aíslan como individualmente potentes apenas logran una mejoría. Reacción y resistencia no son la misma acción. La reacción individualista llevada por la zanahoria de la libertad no abona al tejido colectivo, sino a la salvación personal y privada, tabicada en un *self* que se satura de frases hechas y ya no tiene nada que decir. El recorrido social se trunca, porque los malestares dejan de reconocerse en conjunto y las estructuras vuelven a generar la misma desigualdad, la misma injusticia, el mismo naufragio. La fantasía del naufrago libre se agota. Una libertad así no permite realizar la vida humana tal como la soñamos. No sólo por la evidente necesidad de lo común, sino porque la fuerza de disolución, esta vez, parece llegar hasta al individuo mismo reducido al acto de estímulo-reacción.

Sin embargo, el yo colectivo resiste. Los restos salvables comienzan a emerger. En Argentina, la marcha por los 50 años de la última dictadura cívico-militar regó una semilla. Recordar el pasado para no repetir el futuro apareció como un consenso claro. El repudio al negacionismo se presentó contundente. La memoria como ejercicio permanente nos mostró un camino posible. Inclusive el ejercicio de repasar nuestros propios argumentos sobre la Memoria, la Verdad y la Justicia, dejó florecer lo que allí habíamos plantado alguna vez. Volvimos a creer en algunas formas de organizarnos, escuchando, abriendo espacio, multiplicando manifestaciones de sentido, de compromiso, de ganas. Diferentes espacios se organizaron para juntarse a bordar, para reunirse en torno a la elaboración de una bandera colectiva, para encontrarse a buscar las historias de los desaparecidos y llevar con la foto esa historia a la marcha, surgieron diferentes charlas entre amigos, nos enteramos cuán cerca están de nosotros las biografías de los militantes que quisieron otro mundo cuando se

les vino el fin del suyo. El estado reflexivo se volvió común. De pronto descubrimos que la engañosa autosuficiencia atómica no tiene sentido si no se la reconfigura relacionalmente: no solamente *soy si vos sos*, sino también *no soy si vos no sos*. Los 50 años se presentaron entonces, como acontecimiento, ante el cual podemos pensar que estuvimos a la altura.

Estas construcciones locales encuentran su obstáculo y su espejo en el orden internacional. La ley del más fuerte intenta vociferar que no necesita de razones ni consensos. Y esa legitimación global de la fuerza aparece también en lo micro, en las relaciones interpersonales, que redundan en la relevancia de lo físico como primordial cuando el derecho del más fuerte se cuele como sentido común y disemina su potencia en todas las capas de la vida humana. Esa forma de concebir el derecho, como derecho del más fuerte, abona a la legitimidad del discurso economicista neoliberal de acumulación extrema realizada a cualquier costo. Y combina sus trazos para afirmar que no hay derecho que rija sobre las partes más allá de la fuerza y para sugerir que el fin del mundo es la única opción. Destruirlo todo es el único horizonte de sentido de la era de la crueldad. Para dirigirnos hacia un “mejor mundo” basado en la conciencia moral individual y la caída de la hipocresía por derecha como nuevo paradigma.

Las Naciones Unidas parecían una institución donde reinaba la hipocresía; olvidamos que en sus cimientos se halla, a la vez, la posibilidad de consensos mínimos. Cuando nuestro país vota en contra del rechazo a la esclavitud y los derechos de las mujeres, los acuerdos que las Naciones Unidas supo tejer ya no parecen una cáscara vacía. Frente a la ruptura de los consensos internacionales vetustos o los progresistas enflaquecidos por el paso del tiempo, una contrarreacción se revela natural. El mundo que se expresa, como resultado de la negación de los consensos mínimos y poco satisfactorios, es aún peor que el que teníamos. El golpe parece mortal pero seguimos aquí. Los dualismos se anulan por autofagocitación. ¿Acaso puede una civilización proponer aniquilar una civilización? En su misma enunciación denota la hipocresía. La dicotomía “civilización o barbarie” entra en crisis. ¿Dónde están los bárbaros si la lucha de “Occidente”, que Estados Unidos fingió encarnar, es contra una civilización? ¿O es que se supone, una vez más, que hay civilizaciones de primera y de segunda categoría? En efecto, lejos de aparecer como

el poder de la libertad civilizatoria frente a una teocracia iraní oscurantista, la potencia del Norte se muestra como la más salvaje, fanática y despótica de las fuerzas. Desde luego, el asunto no es nada nuevo, sino que tiene una larga historia colonial-imperial; sí quizás el decirlo abiertamente con desfachatez y jactancia, al modo de: ¿y qué, si ya no importa nada?

No se trata, sin embargo, de defender la teocracia iraní. Ni defenderla, ni enjuiciarla desde una aparentemente prístina posición universal. Se trata de aplicar la reciprocidad: ¿qué se diría si se cambian los sujetos de las acciones? ¿En nombre de qué se legitima una acción directa sobre una nación soberana? ¿Hasta dónde nos llevan las convicciones? ¿Cómo soportar, una vez más, que los que se creen portadores de la civilización y exhiben un fanatismo religioso por los negocios, así como los que miran para otro lado y juegan a la doble vara, se echen a la guerra (no en primera persona, claro está, sino mandando carne de cañón) simplemente porque buscan petróleo, demostrar fuerza, crear un nuevo imperio, controlar el mercado mundial o mantener el conglomerado armamentístico? ¿Cómo soportar el genocidio a cielo abierto, el sistemático atentado contra la población civil, la aniquilación, la decapitación, la usurpación de tierras, la destrucción y la muerte? ¿Cómo soportar las celebraciones e incluso los silencios cómplices? Una vez más, la herida del pasado colonial-imperial se activa en nuestras venas.

Los consensos políticamente correctos de los que hablábamos más arriba son sólidos en nuestro país: derechos de las mujeres y las minorías, sufragio universal, matrimonio igualitario, identidad de género, posibilidad del divorcio e interrupción voluntaria del embarazo son derechos adquiridos de sólida raigambre social. Sin embargo, esa resistencia ante la invasión extranjera, esa certeza, esa convicción de los valores nacionales y la propia perspectiva ante la presión de los poderosos, aparecen como una necesidad para enfrentar la fuerza de la ultraderecha, la posverdad y su batalla cultural. Allí aparece la pregunta sobre el fundamento político trascendente (la teología política) donde se aúnan los dioses monoteístas. ¿No es el *Deus mortalis* una de las voces fuertes de nuestra filosofía política?

Ante la posibilidad de recurrir a valores trascendentes para soportar el nihilismo y la posverdad, aparecen nuevas preguntas. ¿No tendremos que repensar una dimensión de trascendencia? ¿Es posible la resistencia a las violencias del poder sin esa trascendencia

que le permitió al pueblo resistir? En estas geografías, contamos con potencias menos trascendentes que han logrado grandes y extendidas resistencias frente a las tormentas neoliberales de otros tiempos. Las *fuerzas del suelo*, que han sostenido la fuerza del peronismo en la Argentina desde 1945, expresan una inmanencia que respalda una política fuerte y una intervención estatal decisiva, que hace falta hoy más que nunca. No se trata de la trascendencia del cielo, sino de la inmanencia del suelo popular. Los ritornelos de los que hablábamos más arriba, el canturreo en el que ya deseamos estar, son también canciones populares que pueden entonarse para sostener un poder político que se ponga del lado del pueblo.

Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea

GRUPO EDITOR